

Mt 4, 12- 23 Domingo III del tiempo ordinario.

“Inmediatamente, ellos dejaron la barca y a su padre, y lo siguieron” (Mt 4, 22).

Jesús ve a Santiago y a Juan, los hijos del Zebedeo, los llama y lo siguen. El



seguimiento de Cristo supone determinación, voluntad y deseo de plenitud. Cuando escuchamos la voz de Jesús, necesitamos seguirlo inmediatamente, sin demora; pues se pueden interponer otros ruidos o voces que nos distraen y hacen que olvidemos su llamado (entonces, sin saber cómo,

quedamos desorientados y perdidos).

Jesús llama a dos hermanos, aprovecha los vínculos humanos, para llevarlos a una fraternidad espiritual, abierta a los otros y para siempre.

Necesitamos pasar de la forma de relacionarnos con un amor dependiente (como Santiago y Juan, con su padre), para poder elegir la filiación con el Padre de Jesús, que nos abre a la paternidad y a la posibilidad de darnos con un amor maduro, capaz de entregarnos a todos.

Precisamos dejar las redes, el profesionalismo, donde nos sentimos seguros, para tejer las relaciones humanas, nacidas del Espíritu, abiertas a la sorpresa de la singularidad de cada persona.

Dejamos lo que sentimos más valioso, la libertad y los familiares, para acoger el don de amar sin límite.

“No me arrojes lejos de tu rostro,

no me quites tu santo espíritu” (Sal 50, 13).

Jesús dame la libertad de seguirte, para que pueda amar con un corazón nuevo.

¡Jesús, haz que escuche tu voz y te siga con prontitud!

¿Qué tengo que dejar para aprender a amar con madurez?

En unión de oraciones. Hno. Javier Lázaro sc